Breve petición de un apasionado

Andrés Dickinson

Capítulo 1

Para Kela Álvarez.

He leído en ciertos libros que el protagonista pierde en ocasiones una cosa y que esta cosa, en noches de vigilia, lo martiriza, lo conmueve, lo hace un beodo custodiado por leones. He descubierto que el vivir sobrepasa el ámbito potencialmente genuino de la vida, cuyo significado se reduce a pautas ofrecidas por estados: el humano nace, crece, estudia para trabajar, trabaja para reproducirse, y continúa trabajando hasta su muerte. No. El vivir al que mi alma aspira –cual pirata que divisa la isla en que murió su abuelo– deberá tener la fábula como engranaje de placeres, dispuesta innúmeramente en los libros. Deberá estar conformada por el signo que es el otro y al que en ocasiones tergiversamos en deseo. Tendrá la vida el terreno de la carne, pero mi vivir quisiera aprehender el hado de los cuerpos que habitan especialmente en el tuyo, como caterva de ángeles que suben de vencer al diablo, perdonando a todas las almas, entre esas la mía; así podría remediar el ostracismo de nuestro trato, que se difuminó en el adiós jamás pronunciado. Cuando nos mirábamos y decíamos palabras mudas con los pechos palpitantes, repletos de vida y de deseo. Fue precisamente esta vida la que te alejó de mí; entonces mi vivir se lamentó a tal grado que ahora –comprendiendo que, habiendo vida, podría esta resarcir con el amar nuestros deseos atrasados, abandonados en el claustro en que oró el monje desprevenido–, dispuesto a ti con gallardía, sí, y al mismo tiempo con benevolencia, a ti me doy con humildad. Porque si mi boca de rastrojo pudiera sembrar en la tuya concupiscencias, yo habría de esperar el aventón de Eros que, seguro él de tu belleza y, por un milagro inconcebible, seguro de mi insensatez y de mi suerte en las pasiones, hará que todo de mí se implante en los terrenos de tu cuerpo y a la par en los cielos de tu alma. O tal vez no.